



La dama  
atrevida

James Kirkwood

Belle Bennett







HIGGIN, Howard

## La Novela Metro Goldwyn

Publicación Semanal de argumentos  
de películas de

Núm. METRO GOLDWYN MAYER 25  
50 :: y FIRST NATIONAL :: Cents.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 2717 A - Barcelona

## LA DAMA ATREVIDA

(THE RECKLESS LADY, 1926)

Sentimental comedia dramática  
interpretada por los notables artistas

Belle Bennett - Lowell Sherman

Ben Lyon - Charles Murray

etc. y LOIS MORAN

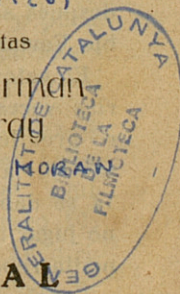
PRODUCCIÓN

FIRST NATIONAL

DISTRIBUIDO POR

Metro-Goldwyn Corporation

MALLORCA, 220 - BARCELONA





---

# La dama atrevida

## Argumento de la película

La ruleta, con sus vueltas vertiginosas hacía mover, inquieta, la bolita que momentos después señalaba el número con que la voluble Fortuna favorecía a sus protegidos.

El catorce encarnado habíase repetido varias veces aquella noche. Este era el número predilecto de Gracia Fleming, y hoy, a pesar de la rabia que le producía ver que el 14 se daba tantas veces, estaba empeñada en no jugar a él, pues que creía cada vez que no podía repetirse más.

Gracia Fleming había sido hasta entonces la esposa amantísima de un pundonoroso militar, a quien había cautivado porque era ella la mujer que más gracias reunía de entre las que poblaban la gran metrópoli londinense.

Su esposo, el bizarro coronel Fleming, hacía unos meses había partido a Francia, en 1914, a cumplir con el sacratísimo deber impuesto por la Patria. En su ausencia, Gracia empezó a concurrir el "Club Faisán", donde los más acaudalados londinenses y las más descocadas mujeres se entregaban con furia al placer mortificante de atravesar su fortuna en el tapete verde.

Gracia, que nunca había vivido el ambiente de los libertinos, desde el momento que pisó los umbrales del club, se sintió atraída cual tímida alondra, por el fasto y el brillo de cuanto en aquella casa la rodeaba; y poco, muy poco tardó en convertirse en adoradora del juego, el dios de la emoción.

Aquella noche, como tantas otras, Gracia perdió hasta el último penique que se había llevado de casa, y el mayordomo del "Club Faisán", a sus requerimientos la entregó 100 libras esterlinas, y con voz meliflua se dirigió a un caballero que se hallaba al lado de ella:

—¿Debo entender que usted garantiza el pago como de ordinario, conde Feodor?

Este no se dignó contestar siquiera, sino



que tomó el recibo que se le presentaba y estampó en él su firma.

Aquellas cien libras duraron en las manos de Gracia el tiempo estrictamente necesario que emplea la manecilla mayor del reloj en dar una vuelta.

Al verse sin un céntimo otra vez, levantóse y salió agitada. El conde Feodor la siguió.

—No te preocupes, Gracia; antes de que tu esposo regrese yo pagaré todas tus deudas.

—Solamente ahora me doy cuenta de lo que he hecho a mi esposo y a mi hijita. Pero estoy resuelta a terminar. Se lo contaré todo y él sabrá perdonarme...

—Reina de mi corazón, tu esposo tiene un genio horrible... ¡y yo tan mala puntería!...

Envuelta por las deudas, Gracia había debido ir cediendo cada vez más a las insinuaciones del gran ricacho, el conde Feodor, hasta haberse entregado a él totalmente. Pero hoy, abrumada por las deudas que había contraído por culpa de la maldita ruleta, prefería decirselo todo a su esposo y recomenzar una era de arrepentimiento que le devolviera la perdida felicidad.

Cuando Gracia llegó a su casa, encontróse con su esposo, el cual había regresado de

Francia, donde fuera, nombrado en Comisión especial, para investigar las causas y acontecimientos de la gran guerra. Cuando a las dos de la madrugada, entró en su hogar, sorprendióse al hallar su lecho vacío. No comprendía qué podía haberle ocurrido a su esposa, pero un papel que halló sobre una mesita dió con la clave de aquel misterio. Decía así:

*Querida Gracia:*

*No debe apurarte el que anoche la ruleta se mostrara poco favorable a tus deseos, y que por su culpa te hubieras quedado sin la paga que el buen F..... te mandara. Ya sabes, reina de mi corazón, que éste será siempre tuyo, y que yo no quiero en manera alguna que tus hermosos ojos derramen una sola lágrima por unos miserables billetes.*

*Y como también sabes que para mí las horas se arrastran lentamente hasta que pueda volver a verte, espero que harás los posibles para que sea muy pronto. Tuyo,*

*Feodor.*

El coronel Fleming, rojo de ira y de vergüenza, empuñó su pistola e iba a salir, pero se detuvo ante los lamentos de su desconsolada hijita Silvia, que despertóse y llamó:



—¡Mamá! ¡Mamá!...

Y al ver que ésta no acudía, continuó con sus lamentos.

—¡Mamá! ¡Yo quiero a mi mamá!

El coronel se sintió padre antes que esposo, y fué a abrazar a su hija.

Silvia tenía entonces seis años y era un bebé, una rubia muñequita, encantadora con su gracejo y su donaire.

Momentos después entraba la madre, y al ver allí a su esposo quedó enteramente desarmada.

—¿De dónde vienes? — preguntó él, impetuoso.

—De... de ...

—¿Y esta carta? ¿Desde cuándo, di, desde cuándo un hombre se atreve a llamarte reina de su corazón y a ofrecerte su cartera?

Ella quedó silenciosa. Su arrepentimiento era tardío.

—Aquí está el último chelín que recibirás de mí... Y esta noche abandonarás esta casa.

Y la entregó un puñado de billetes, mientras él mismo se deshacía en amargo llanto.

Gracia había sido para él, hasta entonces, la suma y compendio de la belleza y de todas las virtudes. Aquel hogar lo había comparado

siempre con el Paraíso, y hoy, Paraíso y hogar, todo se le venía encima para destruir su felicidad.

Se sobrepuso a sí mismo y dijo:

—Naturalmente, Silvia se quedará conmigo.

—No... No puedes quitarme a Silvia... no puedes quitarme a mi hija...

Al verle ya bastante sereno, creyó que era el momento de intentar la reconciliación. Se dejó caer al suelo y se abrazó a sus rodillas.

—Rodolfo, Rodolfo mío, te quiero, te lo juro... siempre te he querido... No me condenes sin antes oírme. Te diré la verdad, toda la verdad.

El iba ya a dejarse convencer, pues no podía así como así despojarse de su corazón, pero en un arranque de energía y virilidad la rechazó.

—Y ahora me las entenderé con tu maldito Feodor.

Sonó el timbre de la puerta.

Los dos miráronse inquisitivos. El coronel creyó llegado el momento de la venganza, pues que a aquellas horas sólo el amante de su mujer podía ser. Tomó nuevamente la pistola y él mismo fué a abrir.

Era un soldado, que se cuadró firme cuan-



do vió al coronel; y dijo, mientras le entregaba una orden escrita:

—Orden de movilización, señor... Su regimiento parte en el acto...



—Te juro que te quiero y te he querido. No me condenes sin antes oirme...

Nuevamente volvió a desesperarse el coronel. Ya no podría cumplir sus deseos de venganza.

—Mi hermana vendrá en busca de Silvia, por la mañana... ¡Y ay de ti si te resistes a entregársela!...

Luego, enjugándose el sudor que corría por su frente, continuó con voz sorda:

—...Si intentas llevártela te seguiré hasta el fin del mundo... Y tan pronto termine esta farsa de la guerra, buscaré a tu Feodor.



Han transcurrido diez años, durante los cuales terminó la guerra, y el coronel Fleming, a su llegada a Londres, encontróse con que su mujer y su hija habían desaparecido sin dejar rastro, así como también el perverso conde Feodor.

Durante este tiempo la esposa del coronel, aprovechando su educación a la alta escuela y su hermosura, logró introducirse en los grandes casinos aristocráticos de toda Europa, y llevando una vida muy en consonancia con sus necesidades sacaba todo el partido posible del juego.

Ló peor de todo era que Silvia había dejado de ser ya una chiquilla, y aunque era guar-



dada por su madre igual que un tesoro de inapreciable valor, ésta estaba siempre temerosa de que su propia vida pudiera repercutir en la de su inocente hija.

Los Carnavales de 1926 sorprendieronlas en Montecarlo. Esta capital del principado apresetábase a seguir la tradición de que sus fiestas, sus bailes, sus orgías y su "carroussel" no tienen rival en el viejo continente.

De todo el mundo civilizado afluían a este centro, en aquella época del año, por centenares, por millares las personas de gran alcurnia que iban allí a disfrutar, a gozar, a vivir...

En el Gran Casino era donde más se notaba la afluencia del río humano que diariamente desembocaba por los modernos y rápidos sistemas de locomoción.

Uno de aquellos días entró también el coronel Fleming, que aunque muy taciturno desde que hacía unos años regresara de la guerra, contrajo, en el tren, de un modo casual, amistad con un muchacho joven y desprendido, que dijo llamarse Ralph Hillier y pertenecer a una acaudalada familia parisiense.

Cuando ya hacía unos días que se trataba con el joven francés, y después de haber fre-

cuentado juntos el Gran Casino, una noche Ralph preguntó al coronel:

—Si usted no juega, coronel Fleming, ¿qué le trajo a Montecarlo?

—Yo voy a todas partes buscando una niña y a su madre.

El día de Carnaval se presentó esplendoroso cual ninguno. Durante todo el día hubo derroche de confetti, serpentinas y flores.

Por la noche, prodigalidad de luz, de caprichosos trajes, de alegría...

La rúa nocturna, con el desfile de carrozas, de automóviles adornados, de jinetes imitando seres de épocas lejanas, atrajo, a las vías principales de Montecarlo a toda la población, aumentada aquellos días fabulosamente...

Y cada carcajada era un suspiro del corazón que sentía las cosquillas de la flecha de Cupido, y no había rincón sin una pareja; y en cada pareja podía adivinarse una aventura...

Gracia tenía una invitación para la fiesta del Gran Casino de aquella noche. Y como viera que su hija, con muchas zalemas parecía querer acompañarla, dijo:

—Silvia querida, tú no querrás que tu ma-



dre te lleve entre toda esta gentuza.

—Madre, siento grandes deseos de conocer estos días de bullicio y animación... Me gustaría verme en la calle, arrastrada por la multitud vociferante, a su loca alegría, o bien sentirme envuelta en el torbellino del baile de un salón...

—Hija, tú sueñas... Nada de lo que imaginas existe; y si muchas miserias, y falsedades y vilezas.

Vistióse un elegante traje de *soirée* y fué al Gran Casino; pero no iba ella a gozar como otros, no; iba a enfrascarse en el danzar inconstante de la bolita de la ruleta, cual tantos otros días por si lograba conseguir unos centenares de francos.

El Carnaval trajo consigo a Montecarlo mujeres hermosas, y las mujeres hermosas hicieron acudir al conde Feodor.

Aquella noche iba éste paseando por la ciudad, y contemplaba la abigarrada multitud; sonreía ante las suspensiones de admiración que hacía cada vez que pasaba una carroza bien adornada o un coche con una beldad femenina.

En una calle poco concurrida divisó, en el zaguán de una quinta, a una al parecer linda

muchachita, que, envuelta en un mantón, danzaba a su gusto y sin compás, con loca alegría. Fresco que siempre había sido, atrevióse y cruzó la verja y el jardín que les separaba, y se internó en la casa, pidiendo con mucha modestia:

—¿Me permite usted el uso de su teléfono, señorita?

—El jardinero, por lo visto, debe estar contemplando el Carnaval... Ahí tiene usted el aparato.

Era rubia y era gentil, la niña...

De ojos extremadamente grandes, rasgados, color azul, de día claro en el mar...

—Y usted ¿no va a ver la mascarada, señorita?

—Mamá salió hace un momento. Y me ha dicho que debe causarme horror todo esto de Carnaval.

—¿Horror? Me brindo a ser su cicerone hasta la calle próxima, y allí podrá usted comprobar que el Carnaval es una de las fiestas más alegres y más divertidas.

—...

—Sólo diez minutos. Pasado este tiempo la acompañaré nuevamente hasta su casa.

Silvia, que era con quien estaba hablando el



conde Feodor, opuso poca resistencia a las insinuaciones de éste, e imaginóse que por cruzar sólo la calle y estar diez minutos fuera de la casa, su madre no se enfadaría aunque lo supiera.

Arreglóse el mantón y salió junto con el conde.

Se pudo convencer por sí misma de que el Carnaval, la rúa, como espectáculo, era atractivo y admirable.

El conde la dió un paquete de confetti y cajas de bolas de nieve para que con ello pudiera sostener batallas con los coches que se cruzaban ante ellos. Pronto su hermosura llamó la atención, y fué ella el blanco de las miradas de los galanes y de su homenaje, que éstos le rendían tirándole bombones y flores.

Cuando más encantada se hallaba con las batallas que sostenía con los coches y carrozas que cruzaban, he aquí que de pronto descóse uno de los caballos de una *troupe* de gauchos, lo que motivó gran revuelo y pánico.

El sálvese quién pueda era general. Silvia experimentó un gran temor, e intentó huir, pero en su precipitación lo que hizo fué ir a buscar el peligro, pues que cruzó la calle, pero

con tan mala fortuna que resbaló en el centro del arroyo, y en un momento vió cien patas de caballos y ruedas que pasaban arrolladoras por su lado...

Quiso levantarse y no pudo. Acaso el mismo pánico la retenía. Entonces un valeroso joven, que hacía rato observaba la hermosura de Silvia, con evidente riesgo de su vida internóse en el centro de aquel confuso tropel, cogió a la muchacha en sus brazos y la condujo a una plazoleta cercana, donde en la dulce paz de unos jardines un surtidor cantaba sus amores a la noche.

Cuando Silvia estuvo repuesta, el joven presentóse a sí mismo.

—Yo soy Ralph Hillier, de París.

—Supongo que le debo a usted la vida, señor Hillier...

—Usted no puede figurarse cuánto me gustaría cobrarme esta deuda, señorita — le contestó el joven con vehemencia.

—Mamá querrá darle a usted las gracias... ¿Por qué no viene usted mañana a la Villa María?

—Allá acudiré a las cinco y media...

El conde Feodor, que había presenciado la primera parte de la escena de la caída de Sil-



via y del rasgo del valeroso joven, tan pronto como se normalizó el tráfico fué a dar un gran rodeo y pasó al otro lado de la calle. Supuso que Silvia y su salvador no estarían muy lejos y empezó a buscar por los alrededores. Divisó, sentada en un banco, una pareja; se acercó y al ver que era la muchacha que él acompañara se fué directo hacia ella.

Silvia y Ralph se separaron al llegar el conde; pero los dos sentían el mismo ferviente deseo de volverse a ver, de no dejarse...

Silvia era ahora feliz. Y dijo:

—¡Qué noche más hermosa!... Jamás he estado fuera sola con un hombre.

—...Y yo nunca había estado fuera con una muchacha... que no hubiera estado nunca con un hombre de paseo, y sola — contestó sonriente el conde Feodor.

Supuso que se encontraba ante una delicada aventura fácil. Quiso convencerse, y propuso a Silvia:

—¿No ha estado usted nunca en el Casino?... Pues le gustaría ver jugar...

Silvia, que ya se hallaba en la pendiente, accedió.

Fueron al Gran Casino. El conde Feodor

cambió unos billetes por fichas y las entregó a Silvia para que ésta probara su suerte.

No lejos de ellos se hallaba Gracia, y cuando vió allí a su hija, dejó el dinero sobre la mesa, fué a un salón contiguo y la hizo llamar por uno de los conserjes. Silvia accedió, convencida de antemano de que sería su madre; pero el conde Feodor, que dudaba siempre, la siguió.

—Madre querida, no te enfades conmigo... pues he pasado una noche muy divertida...

Gracia, a pesar del acento sincero de su hija, iba a reprenderla, cuando vió ante sí las facciones de un hombre muy conocido, del que labró su desgracia: el conde Feodor.

Silvia hizo la presentación y la torturada madre, para no dar a comprender nada a su hija, disimuló.

Inmediatamente después se despidieron, y mientras las dos mujeres salían del local, el conde Feodor decía para sus adentros:

—Es lo que se podía esperar: tal madre... tal hija...

Sonrió ante la idea de que también sería para él aquel capullo.

Aquella misma noche, y en el Gran Casino Ralph Hillier hablaba con el coronel Fleming de la aventura que le había sucedido momen-



tos antes. Hablaba con tal vehemencia de la joven, con tal pasión, que el coronel le dijo:

—Siempre he dicho que el amor a primera vista es loco.

—Pues bien; usted lo dice: yo estoy loco. Me voy a casa dentro de diez días, me costará trabajar mucho, pero yo me la llevaré conmigo.

• • •

Al día siguiente, habiéndose asegurado el conde Feodor de que en la casa no había ni marino ni perro, decidió valientemente visitar a las dos mujeres.

Encontróse como la otra vez con Silvia en el zaguán, y la regaló un hermoso ramo de flores. Mientras ella se lo agradecía, compareció la madre. Hizo el conde una reverencia y dijo, irónico:

—Espero tener el placer de llegar a conocer igualmente bien a madre e hija...

Gracia, con una excusa hizo que su hija fuera un momento a su cuarto, y al quedar sola con el conde Feodor exclamó:

—¡Cobarde!... ¡Vil! ¡Infame!...

—¡Qué suegra más encantadora hará usted, señora! —respondió con sorna.

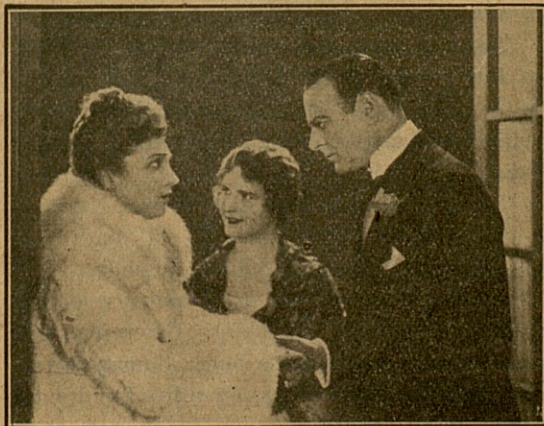
Volvió Silvia y los dos disimularon la es-

cena anterior. Tocó una gramola unos bailes, y el conde Feodor bailó con Silvia durante un buen rato.

Pero aquel era el día que Silvia había fijado a Ralph para que fuera a visitarla y a conocer a su madre; y en el momento más inoportuno para el conde, se presentó.

Fué la salvación de Gracia.

También venia provisto de un espléndido ramo de flores, que fué merecedor por parte de Silvia de una mayor atención que el que



—Espero tener el placer de conocer igualmente bien a madre e hija.



momentos antes le fuera entregado.

Ya se hallaban cuatro personas reunidas, pero la atención se concentró sólo sobre dos de ellas, que iniciaron un idilio de miradas que hizo marchar desesperado al conde Feodor, mientras decía contestando a los cumplidos que le hiciera la muchacha:

—¡Un viejo como yo solamente estorbaria!

Durante una semana el conde Feodor se declaró cinco veces, mientras Ralph Hillier lo hacía dos veces cada día.

Y una noche, en el Gran Casino, Ralph decía a su buen amigo, el coronel Fleming:

—Soy tan feliz, que no sé lo que me pasa.

—Pero, qué: ¿le ha dicho ella algo ya?

—Ayer me dijo "sí". Tiene usted que conocerla... Véngase conmigo mañana a tomar el te.

—Sí tanto interés muestra usted...

—Es que le gustará mucho la madre de ella; es encantadora, y viuda, además.

Y al día siguiente los dos hombres se presentaban en casa de la señora Lawrence, que era el nombre por que se hacía llamar Gracia desde muchos años antes, cuando abandonara el país de su esposo.

Muy complacida, sonriente, fué a recibirlos Silvia cuando la vieja criada les anunció. La

mamá daba los últimos toques a su *toilette* y saldría en seguida.

Entretanto, Silvia, su novio y el coronel Fleming sentáronse ante un velador y la primera les sirvió el te.

Gracia abrió la puerta y vió de perfil al coronel Fleming, al que reconoció en el acto. Asustada, volvió a cerrar.

Por la criada hizo llamar a Silvia. Y murmuró:

—Ella llegará a saber que él es su padre y él no tardará en volverla contra mí...

Todas las culpas de tiempos pasados se cernían ahora sobre ella. Tanto como había luchado; tanto como se había sacrificado por Silvia, de nada iba a servirle, pues que ahora, cuando más necesario le era su cariño, se presentaba su padre, el vengador, y se la arrebatría.

El castigo imaginó ella que tenía una forma humana; y esta forma tomaba cuerpo en el coronel Fleming.

—¿Qué pasa, mamá? — preguntó Silvia.

—No me encuentro bien, querida... Díles a estos caballeros que me perdonen, y que vuelvan otro día.

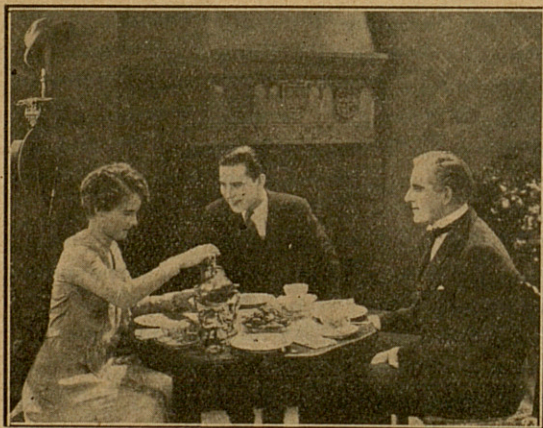
Silvia volvió al lado de Ralph y del coronel Fleming y excusó a su madre por no po-



der salir a cumplimentarles, pues se había puesto un poquitin mala. Acto seguido, y para que no dudaran, les invitó para el siguiente día, suponiendo le habría pasado ya a su mamá el mal.

Cuando los dos hombres hubieron marchado, Silvia volvió con su madre, y la encontró arreglando precipitadamente sus maletas.

—He sabido una cosa terrible, hoy, Silvia. Jamás debes volver a ver a estos dos hombres.



*Sentáronse ante un velador y Silvia les sirvió el te...*

—¿Qué es lo que has sabido, mamá?... ¿Qué es? ¡Dimelo!... Debes decírmelo... — preguntó la joven, angustiada.

—No me interrogues, no lo hagas, que me harás enloquecer...

—Pero mamá, yo amo a Ralph...

—Hija mía; Ralph es para ti un imposible. Mañana te lo diré.

Gracia se dió cuenta de pronto que para emprender un viaje lo primero que necesitaba era dinero, y apenas si tenía lo suficiente para los billetes del tren.

—En el juego — pensó —, la suerte no me ha abandonado jamás cuando he estado desesperada, y hoy estoy desesperada...

Se fué al Gran Casino y allí, con el poco dinero de que disponía se preparó para la más grande jugada de su vida. En esta jugada no iban unos francos, no; iba su corazón de madre.

Su hija, ante tanto misterio, y al ver que a pesar de todo su madre se había marchado acicalada con sus mejores galas, quedóse llorando.

La vieja sirvienta, comprendiendo lo que pasaba en el interior de su señorita, se fué a consolarla:

—No se ponga así, señorita Silvia; su ma-



dre de usted juega... sí, pero, ¿no comprende cuánto ha sufrido?

—Pero ahora quiere destrozar mi felicidad.

—No, señorita, no... Nunca podrá usted imaginarse las angustias pasadas por ella, y la lucha que ha sostenido, sólo para proporcionarle a usted el bienestar y la felicidad...

—Pobre madre mía — dijo, ya algo repuesta—. ¡Y la llaman una mujer frívola!... Pero ya no sufrirá más por mi culpa...

Meditó un rato y dijo, como hablando consigo misma:

—No puedo pedir a Ralph que me lleve con él, que nos haga entrar a mí y a ella en su familia... Sería una vergüenza...

Luego añadió, con resolución:

—Me casaré con el conde Feodor... ¡El cuidará de nosotras!

Sin perder minuto llamó a éste por teléfono, y encargóle que fuera en seguida a su casa.

Minutos después, el *auto* del conde se detenía frente a la quinta de Gracia, y aquél descendía del coche, orgulloso, pues no dudaba de que cuando se le llamaba era porque las mujeres accedían a sus deseos, a cambio de unos despreciables billetes.

Silvia le recibió con los ojos arrasados de lágrimas. Le contó lo que ella sabía de la his-

toria de su madre — la infeliz ignoraba que el conde la conocía mejor que ella misma—, y terminó por decirle:

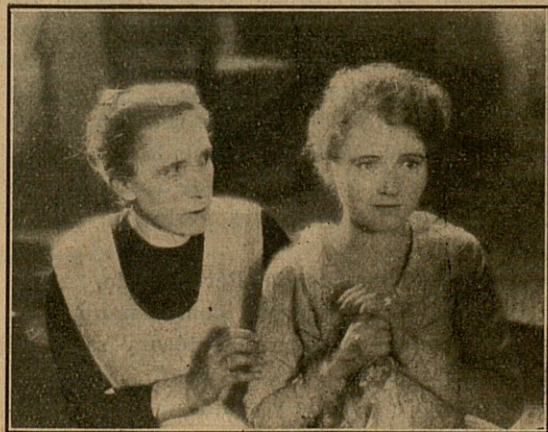
—Ahora que lo sabe usted todo, ¿me quiere todavía por esposa?

—Sí, Silvia, ¡la quiero y la querré! — respondió con vehemencia.

—... y... ¿y a mamá?

\* \* \*

Gracia, ya vimos que entró desesperada en el Gran Casino. Jugó, jugó mucho, y ganó...



—Su madre de usted juega, sí, pero ¿no comprende cuánto ha sufrido?



La suerte se mostraba propicia con ella... Pero hoy necesitaba mucho dinero, mucho dinero...

Jugó fuerte. Miraba con ojos magníficos la bolita, como queriendo ejercer sobre ella la atracción del imán y hacerla detenerse en el seis encarnado, "su número".

Esta vez le falló. Y le falló otra, y otra. No desesperó; jugó más y más...

Los ojos del coronel Fleming se posaron hoy, por vez primera desde hacía diez años, sobre ella. Con serenidad incomparable la fué observando. Comprendió que algo muy grave debía ocurrirle a Gracia cuando no hacía más que mirar la bolita y los números.

Ella le miró tres o cuatro veces fijamente sin reconocerle. Estaba atribulada.

Había vuelto a perder, y de sus hermosos ojos saltaron las brillantes perlas de sus lágrimas...

Hizo la última jugada. Perdió todo.

El coronel Fleming vió como en un doloroso arranque nervioso levantóse y salió del salón. La siguió.

Ella llegó a la calle y sentóse ante el volante de un coche que seguramente ya conocía, y emprendió veloz carrera.

El coronel Fleming, presa del mayor pánico,

fué a tomar un taxi. Afortunadamente para él llegaba en aquel momento su joven amigo Ralph, al que pidió por favor que alcanzara el coche de Gracia. Y salieron en su persecución a una velocidad fantástica.

El coronel se mesaba los cabellos, desesperado.

—¡Dios mío, va hacia las peñas!

Comprendiendo que en su desesperación Gracia iba a cometer una locura, Ralph aceleró la marcha del coche.

Momentos después, y ya casi al borde del precipicio, el coche de Ralph cruzóse con el que conducía Gracia, dando un fuerte tope-tazo sin más consecuencias.

Gracia aun intentó llevar a fin su mala idea, pero fué alcanzada por el coronel Fleming.

—¡Déjeme, déjeme, quiero morir!

—¡No, esposa mía, has vuelto a mí y quiero que vivas!

Entonces ella le reconoció, y convencida por las alentadoras y cariñosas frases de su esposo, se dejó llevar por él.

Una breve explicación bastó para que Ralph se pusiera al corriente de todo.

Acompañaron a Gracia hasta su domicilio, y los dos hombres, a instancia del coronel, fueron a hacer provisión a un restaurante



para celebrar el fausto acontecimiento todos juntos aquella noche, en la casa de Gracia.

Esta entró sola en su quinta y sorprendió a Silvia y al conde Feodor, en el momento en que la primera, emocionada, le preguntaba:

—¿...y... a mamá?

Silvia se arrojó a los brazos de su madre, mientras le decía:

—Lamento, madre querida, que todos estos años hayas tenido que jugar por mí, pero ahora todo esto ha terminado.

—Sí — arguyó el conde —; su hija ha consentido casarse conmigo.

—De todos los hombres del mundo, éste es precisamente el único con el cual no puedes casarte — repuso Gracia con energía.

Cogió a su hija por el brazo y la condujo a la habitación de ella, mientras le decía:

—Preferiría morir antes que decírtelo, pero tendré que hacerlo.

El conde, temeroso de que hablara, las siguió.

El timbre de la calle sonó insistentemente. Gracia creyó con razón que serían su esposo y Ralph, y se aprestó a recibirles, con la alegría en el rostro, dejando a Silvia y al conde Feodor en el cuarto de su hija. No quería que su marido se tropezara con este hombre in-

fame.

Cuando aquéllos entraron, dieron grandes muestras de alegría, pues los dos veían al fin colmado el mayor deseo de su vida.

—¿Dónde está Silvia? — preguntó el coronel.

—En su cuarto, donde se arregla.

Pero pasaba el tiempo y Silvia no aparecía. El coronel volvió a insistir:

—¿Cómo no viene Silvia?

Gracia se armó de valor, entró en el cuarto de su hija, y le dijo:

—Tu padre está allí fuera...

—Supongo que todavía tiene un genio terrible... y yo todavía tengo tan mala puntería como siempre... — dijo el conde Feodor, mezclándose en la conversación.

—En seguida saldré, mamá — dijo Silvia, que necesitaba unos minutos de tiempo para hacer desaparecer las huellas de las lágrimas.

Gracia, sonriente, salió del cuarto y dijo a su esposo:

—Ya ha terminado. Es cuestión de unos segundos...

—Entonces — dijo el coronel — ve tú a buscarla, Ralph.

—Pero cuidado — continuó, jocoso —, pues



contaré hasta diez y entonces entraré yo.

El joven fué hacia allí; llamó discretamente, y en seguida abrió Silvia que lo empujó dulcemente hacia fuera.

Pero entonces Ralph vió una cosa horrible. La luna de un espejo reflejaba la figura del conde Feodor, que se escondía tras la saliente de un armario. No dijo una sola palabra, pero regresó al salón, taciturno, sin hacer caso de las palabras que, cariñosa, Silvia le dirigía.

El coronel, al advertirlo, preguntó:

—¿Qué os pasa, chicos? ¿Os habéis peleado?

Y como no obtuviera contestación, una sospecha cruzó por su mente. Con paso precipitado fué a la habitación de Silvia, y aun pudo ver al conde Feodor como saltaba la ventana, que daba a unas rocas, al lado del mar. Antes de caer de aquella altura agarróse fuertemente a unas enredaderas.

El coronel Fleming empuñó un revólver. Entraron las mujeres y Gracia dió todas las explicaciones.

—Ella escondió solamente aquel hombre allí para protegerme a mí.

Luego, con los ojos arrasados de lágrimas, dijo:

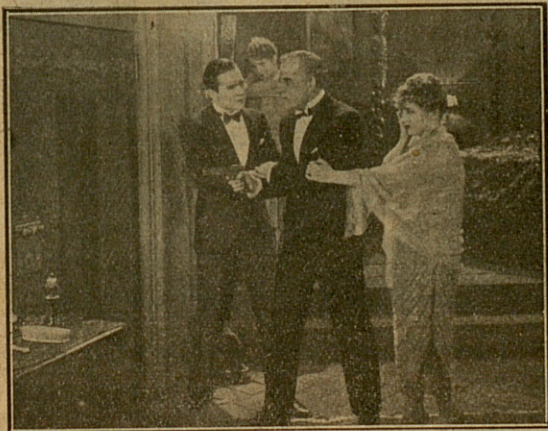
—Años atrás... ese hombre... abusó de mí...

Y, dirigiéndose a Ralph, añadió:

—Y a ti, ¿no te da vergüenza dudar de Silvia?

Un grito desgarrador del conde Feodor, que había caído al precipicio, volvió a todos a nueva vida.

Gracia, entonces, dijo:



*El coronel Fleming empuñó un revólver.*

—Si yo no te hubiera amado a ti solamente, ¿crees que hubiese intentado matarme?

—Te creo, Gracia mía... Hace unos momentos volvimos a encontrar nuestra feli-



cidad... ¿Por qué destrozarla, y esta vez para siempre?

Y los cuatro, formando cada uno su pare-



*...formando su pareja, estrechamente enlazados...*

ja, estrechamente enlazados, celebraron aquella noche la primera de las veladas, con gran alegría, preludio de la felicidad que para siempre iban a gozar...

FIN



[B.]